

N.D. El artículo que presentamos en este número corresponde a las palabras que el ingeniero y economista Francisco Pérez de Antón dirigió a la concurrencia que asistió al acto en su honor con motivo de la entrega de su libro LA LIBRE EMPRESA.

Pérez de Antón demuestra con su obra ser un pensador profundo, no solamente en la teoría económica sino en la Filosofía de la Libertad. Que la Libre Empresa es un imperativo moral no es común escuchar en estos tiempos, y menos común lo es el encontrar quien lo sostenga y lo exponga con la base ética y racional con que Pérez de Antón lo hace. Son estos aportes Intelectuales los que contribuyen a que un país se sostenga y se reencauce por los senderos de la Libertad y el bienestar material y espiritual de sus gentes.

«La Libre Empresa» representa las municiones que debemos de utilizar en esta guerra ideológica

Por qué escribí "La Libre Empresa"

Francisco Pérez Antón

Como estamos entre amigos y en confianza, no voy a negar que cuando se escribe un libro, el autor no lleve en mente la doble esperanza de ganar dinero y prestigio. Sí, es cierto. Más de una vez eché mano de la calculadora para hacer un elemental flujo de caja. ¡Qué le vamos a hacer! Uno está condicionado a echar cuentas debido a la rutina diaria de los negocios. No obstante, por mucho que calculaba, siempre llegaba a la conclusión de que los costos superaban a los beneficios. A no ser, claro está, que *La Libre Empresa* llegara a alcanzar tantas ediciones como *El Manifiesto comunista*, cosa que deseaba y sigo deseando mucho, pero que creo poco probable.

Tampoco voy a negar que adquirir prestigio personal constituía también un gran aliciente. No seríamos humanos si cada uno de nosotros no anduviera buscando por los rincones de la vida nuestra pequeña cuota de inmortalidad.

Ciertamente, un libro tiene la virtud de elevar a su autor un poco por encima de los demás mortales. Pero en mi caso, tal aspiración no tenía muchas posibilidades de éxito. Reflexionando con realismo, me resigné a la idea de que la mejor calificación que podría recibir de las alturas del Parnaso sería la de que el autor de *La Libre Empresa* era un vulgar hombre de negocios, metido a calígrafo, que exponía ideas apergaminadas para justificar su conciencia de clase.

Pero más allá de las razones económicas y del prestigio, yo sentía el imperativo, la necesidad urgente de escribir una breve introducción a los fundamentos éticos, jurídicos y económicos de la libertad. Como advertía hace unos días el licenciado Girón Lemus en *La Nación*, las ideas y tendencias socialistas abastecen masiva y dramáticamente las librerías, las escuelas y las bibliotecas difundiendo su evangelio. En cambio, los que creemos en la libertad sólo nos limitamos a observarla.

Era preciso pasar a la acción, divulgando esas ideas.

Empresarios e intelectuales

Mi libro, además, contaba con un ingrediente especial del cual no tuve conciencia hasta que lo concluí.

Ese ingrediente especial consistía en que su autor era precisamente un hombre de negocios, lo cual es, según parece, una novedad. Para algunos, lo que los empresarios pensamos es mucho menos importante que lo que hacemos. Y en el peor de los casos, algunos ilustres petulantes llegan a afirmar que los hombres de negocios podremos hacer mucho, pero en realidad pensamos poco.

Y yo creo, como un famoso sociólogo chileno de principios de siglo, que esa es una grosera concepción del talento. La ceguera de estos intelectuales que menosprecian al empresario parte del grave prejuicio de que la actividad empresarial no requiere talento. Por eso les resulta insoportable que un "vulgar" carnicero gane más que un eminente catedrático. Es inaudito, según su criterio, que mucha gente prefiera un buen *steak* antes que leer a Aristóteles.

Mas no quisiera hurgar mucho sobre esta peculiar guerra fría entre los empresarios y ciertos intelectuales. Unos y otros son hombres vértice de toda sociedad libre y lo deseable sería que ambos formaran parte del mismo polígono.

Pero sí diré que con *La Libre Empresa* se demuestra que los empresarios además de hacer, también piensan. Y que además de crear riqueza, pagar impuestos, producir bienes y servicios, financiar los estudios de los propios intelectuales y alguno que otro trabajillo sin importancia, todavía tienen tiempo para preocuparse y discurrir sobre temas de trascendencia para la hora actual.

La fuerza de las ideas

Algunos consideran, sin embargo, que en nuestro país esa es la hora del milenio y el desenlace de la historia. Yo pienso, por el contrario, que es la hora del compromiso con las ideas. Y esa es otra de las razones por las que escribí *La Libre Empresa*.

Las ideas mueven al mundo. Lo que hacen los hombres es consecuencia de lo que creen y piensan. Los grandes conflictos bélicos fueron antes conflictos de ideas.

Por eso debemos aprovechar este tiempo en que la pluma puede ser más poderosa que la espada. Si el enfrentamiento intelectual tuviera que dirimirse un día por la violencia, ese día sabremos que hemos sido derrotados y que la ideología del terror ha prevalecido sobre la del humanismo.

Y para entonces, como decía recientemente un periodista salvadoreño, ya no servirán de nada los elevados argumentos, los elegantes discursos, ni las citas de los ilustres. No será esa la hora del que más razone, sino la del que más grite.

Salvo accidentes esporádicos, nosotros vivimos aún la hora del buen juicio y la razón. Somos afortunados. Pero debemos aprovechar este tiempo porque es mucho más breve

que el de la "barbarie con rostro humano". Y será la confianza en la fuerza de las ideas sobre la libertad lo que en último lugar nos hará apartarnos del camino de la servidumbre.

La encrucijada social

En la encrucijada están colocadas tres simples alternativas.

De un lado, podemos atrincherarnos en el modelo socio-económico que practicamos. Si esa fuera nuestra decisión, entonces debemos aceptar vivir esa perpetua paradoja de llamar libre empresa a un sistema donde los controles económicos se multiplican e inmovilizan progresivamente las fuerzas del mercado.

De otro lado, podemos también inclinarnos hacia el modelo socialista por aquello de que nadie es cojo en pierna ajena y nos gustaría pasar por esa experiencia masoquista.

Finalmente, podemos optar por el orden de la libertad.

En su último análisis, nuestro futuro depende de una decisión entre más o menos libertad; entre avanzar hacia una sociedad más libre y próspera o retroceder hacia otra sumisa y pobre; entre adoptar una política económica de ciudad-estado, encerrada dentro de sus murallas, o la de poner en práctica los medios requeridos por la sociedad de puertas abiertas.

Como hace 25 siglos, la decisión en la encrucijada social sigue siendo la misma: o una Atenas libre e ilustrada o una Esparta tirana y dogmática.

Entre el mercantilismo y el socialismo

Hoy día, frente a un intervencionismo evidentemente agotado de ideas y un marxismo que agoniza entre discusiones bizantinas, el orden socio económico de la libertad surge como un viento fresco que vigoriza y fortalece.

Pero antes será preciso librarnos de ese mercantilismo económico que usamos para andar por casa. De lo contrario, podríamos pasar, sin desearlo, a un socialismo subdesarrollado. Ese es el peligro real, en especial para los grandes sectores de la población que seguirían esperando inútil y eternamente una vida más rica en bienes materiales y espirituales.

Las personas quieren hoy su porción de bienestar. Y la quieren ya. Pero ni el mercantilismo, ni el socialismo subdesarrollados han demostrado tener la fuerza para lograrlo. Si el uno avanza a paso de tortuga, el otro lo hace a la velocidad del caracol. En cambio la libre empresa ha demostrado ser ágil y veloz como el galgo allí donde se ha puesto en práctica. He ahí el modelo a imitar. Y no por apasionamientos teóricos, sino precisamente por la evidencia de sus efectos prácticos.

Pero esta solución no brotará por generación espontánea. Es preciso convencernos primero de que el bienestar no pasa por las oficinas regulatorias del Estado, sino por las puertas abiertas del mercado libre. No es atrincherados tras los controles como lograremos ese objetivo digno, sino saltando sin miedo a respirar los vientos del libre emprender.

Mas para eso necesitamos echar mano de tres elementos clave.

Fe, inteligencia y valor

Ante todo, debemos tener *fe* en el hombre libre.

En segundo lugar, es preciso tener la *inteligencia* presta para preservar la libertad.

Y por último, será necesario hacer acopio de *valor* para defenderla.

Tener *fe en el hombre libre* significa confiar en el hombre responsable y en que la libertad pondrá en marcha más iniciativas para el bien que para el mal. Y si aceptamos que un hombre libre es moral, política y económicamente superior a un hombre sometido por la tiranía o dirigido por el paternalismo, habremos dado un paso importante hacia nuestro objetivo.

Tener *presta la inteligencia*, supone conocer a fondo la filosofía y los fundamentos de la libertad para usar sus argumentos en toda ocasión. Mal podemos hablar de la libertad si no conocemos bien sus instituciones y sus valores. Conceptos como la paz, la cooperación social, la Justicia, el Derecho, el Estado, la propiedad privada y el mercado libre, entre otros, deben ser motivo de continua reflexión. Pienso que hoy más que nunca es necesario reeducar nuestro rutinario saber, pues el conocimiento renovado es el mejor antídoto contra el temor.

Finalmente, el *valor* es necesario para defender la libertad. Pero no sólo ese valor que nos permite sobreponernos al nudo que nos invade el estómago cuando tenemos ante nosotros un peligro inminente. También es necesario el valor para abandonar nuestros prejuicios, el valor para enfrentarnos con nosotros mismos, el valor para reconocer las debilidades de nuestros argumentos, el valor, en fin, de aquel cuarto mono que no se conformó con ver oír y callar, y salió a andar los caminos con su libertad a cuestas.

La libertad significa ante todo riesgo y responsabilidad. Y lo mismo que la libertad se gana por quienes tienen el valor de tomarla, la libertad se pierde por quienes se abstienen de practicarla.

Los efectos de un libro

Todo este parlamento no fue escrito en mi libro, pero confío que pueda leerse entre sus líneas. En ellas ustedes encontrarán mi exhortación a adquirir ese importante compromiso con la libertad, aquí y ahora. Por eso lo escribí. Porque estoy plenamente convencido de que la opción de la libertad y el orden espontáneo es superior al dirigismo y a la ordenación totalitaria de la sociedad.

Reconozco sin embargo que todo libro sobre ideas ha de ser por naturaleza controversial. Y estoy seguro que los lectores de *La Libre Empresa* se dividirán en tres grupos.

Unos expresarán su abierta aprobación a mi tesis. No tengo que decir que ellos cuentan con toda mi simpatía, pues nadie mejor que ellos sabrán poner su *fe*, sus *conocimientos* y su *valor* al servicio de la libertad.

Otros dirán que mis ideas son discutibles, opinión que admito pues nada acerca tanto a la verdad como la limpia y honesta pelea del que duda. Sin embargo, yo le diría a ese grupo que sus ideas se ventilen lo antes posible. Y que su decisión sea pronta, no sea que, como en la fábula de Samaniego, lleguen los perros y pesquen a los descuidados conejos sumidos en la discusión estéril.

Por último, habrá otro grupo que rechace totalmente mi tesis, actitud que también aceptó. Lo que no estaría dispuesto a aceptar, es que en nombre de su particular libertad, arrebataran la suya a los demás. Si ese grupo ha optado por la otra libertad, que es *la libertad del esclavo*, son muy libres de hacerlo. La libertad también concede ese privilegio. Cada quien es muy dueño de votar por la esclavitud si lo desea. Pero a lo que no tienen ningún derecho es a arrastrar al resto de la sociedad a ese supuesto jardín del Edén por la fuerza. Yo no creo en esa libertad. Porque si esa libertad es buena, yo estoy en contra de la bondad, si esa libertad es cristiana, yo estoy en contra del cristianismo y si esa libertad es propia de hombres sabios, entonces yo prefiero seguir siendo un ignorante.

En gran medida será gracias a ustedes que el número de integrantes del primero de esos tres grupos, el de aquellos que aman la libertad, se amplíe.

Al reunimos aquí esta noche para impulsar un modesto trabajo intelectual, no sólo halagan mis inmerecidas capacidades, sino sobre todo hacen posible que las ideas expuestas en *La Libre Empresa* se traduzcan en experiencia vital de sus lectores.

Y esa experiencia, y esas ideas, construirán sin duda una avanzada intelectual de importancia para que la libertad siga progresando en Guatemala.

Me considero muy afortunado de contar con amigos como ustedes. Esta noche he contraído una deuda con vosotros que sólo podré pagarla con mi eterna gratitud.

Mil gracias a todos.